

La fuente olvidada

Daniel Portillo

"Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo"
Mario Vargas Llosa

- Perdona! Tráenos la cuenta. - El camarero se acerca , sorteando las mesas de la terraza, y algunas ánforeas y estatuas que decoran el patio, entre parras y olivos.

El camarero es un chico joven, alto, atlético; de piel tostada y rostro proporcionado.

- ¿Os ha gustado la comida? - Pregunta acariciándose la nuca, con un tono de voz tan galante que resulta forzado; contraproducente.

- Las verduras estaban ricas - Contesta Ari, sin demasidado interés; por quedar bien. Mientras, sigue dibujando algo en una servilleta. Tes no contesta, solo lo mira, a medio camino entre la curiosidad y el desprecio.

- Tened en cuenta que este pueblo es de agricultores. Las gentes de aquí viven por y para el campo - Les cuenta el camarero sacando pecho, arqueando las cejas y moviendo la cabeza como si fuera un rapero.

- Tú eres de aquí entonces. - Le dice Tes.

- Sí, aunque he vivido en muchos sitios. Me llamo Andrés.

- Yo soy Ari y ella es Tes.

- Encantado. Os voy a traer un postre especial. Invito yo.

- ¿Invistas tú o invita la casa? - Le pregunta Tes guiñándole el ojo . Para el camarero es como si acabara de recibir un amago de patada suave, de las que sobre todo asustan, en los huevos. Él solo sonríe, a la vez que se da media vuelta. Es la mejor reacción que puede ofrecer ahora mismo.

- Pero este tío de qué va. Imagínate que me fueran los tíos, y que este fuera el último vivo del planeta. No me lo tiraba. Y eso que reconozco que no está nada mal.- Tes niega una y otra vez con la cabeza, mientras el volumen de su voz no para de subir. - ¿Y tú? ¿Te lo montarías con él?

- Yo sí - contesta con calma Ari, mirando desafiante a Tes. Tes le enseña su dedo corazón, bien estirado, moviéndolo en círculos lentos. Ari ríe de forma algo nerviosa, mientras le enseña lo que ha estado dibujando en la servilleta. Es un hombre desnudo, vestido con una túnica, pero con un enorme falo doble erecto, desnudo. Las dos rompen a reír. - ¿Te lo has creído Tes? Pero si este tío no es más que un baboso engreído. Se ha creído que hoy va a ser su día de suerte, y se lo va a montar con las dos, pero en vez de eso nos vamos a reír un rato de él. - Andrés vuelve a la carga, con una sugerente degustación de postres.

- El chocolate de aquí es puro placer. - Dice. - Por cierto, termino mi turno muy pronto. Os puedo enseñar un poco el pueblo, o lo que queráis. - Otro camarero de unos cincuenta años, que bien podría ser el dueño del local, está cerca, escuchando la conversación mientras intenta disimular con cierta torpeza.

- Pues mira, lo cierto es que queremos visitar una fuente milenaria que hay cerca de aquí - Le cuenta Ari - No sabemos por qué no aparece en ninguna guía, ni en Google, y nadie en este pueblo parece recordarla. ¿Tú la conoces? - Andrés traga saliva y mira alternativamente a Tes y a Ari, luego analiza su reloj, como tratando de ganar tiempo para contestar. El otro camarero se pone a su altura, y le coge suavemente del antebrazo. Se acerca a su oído y le susurra algo durante unos segundos. Andrés asiente, dócil.

- Chicas, no sé de qué fuente me habláis pero os acompañaría encantado a cualquier otro sitio. El problema es mi jefe. Me quiere aquí toda la tarde. - resopla - ¿Por qué no me dáis vuestros teléfonos y os llamo un día de

estos cuando me escape a la ciudad? – Ari y Tes se miran cómplices. Las dos saben que no le van a dar el teléfono. Ari coge la servilleta donde ha dibujado la caricatura y le da la vuelta. Apunta un número y se lo da a Andrés – Llámanos – le dice – Lo vamos a pasar muy bien. – El camarero dibuja una sonrisa que cambia cuando lee el número.

– Pero... aquí falta un número.

– Ya. Es porque eres un chico listo; se te ve. Entonces, piensa en la cantidad de polvos que te echaríamos. Esa es la posición que ocuparía el número que falta empezando por la izquierda. Y sabida la posición solo tienes diez posibilidades.

– Son nueve números.

– Diez. Te olvidas del cero. Trabájatelo un poco. Nosotras lo valemos, ya verás. – Andrés vuelve a mirar el número, y le da la vuelta a la servilleta, negando lo que está viendo con la cabeza. Las mira por última vez, con desprecio.

– Ya... seguro... – Refunfuña , mientras se marcha airado, rompiendo la servilleta por el camino.

Ari y Tes ríen, satisfechas. Ari saca del bolso un mapa muy antiguo, que desdobra con cuidado.

– Tes, no te lo he contado antes, pero he buscado la fuente en internet.

– Ya la buscamos muchas veces, y nunca encontramos nada.

– No, pero fíjate. Según este mapa, la fuente está cerca de las montañas y de este río; más o menos por aquí. – Dice Ari analizando el pergamino. – Y ahora míralo en Google: tiene que estar por aquí. Y mira esto – Al ampliar la pantalla las dos ven el icono de una fuente, en un tamaño y color que lo hacen casi imperceptible.

– Han puesto el símbolo de una fuente. O más bien es como si lo hubieran borrado, pero no del todo.

– ¿Y has visto como cambia la vegetación? Tiene que ser ahí, Tes.

– Pues no se hable más. Además, pone que es casi todo el trayecto por carretera, no? Que nos lleve San Google.

– Ari, ¡para! ¿Estás segura de que es por aquí?

– Ponía en la bifurcación a la izquierda.

– Pero esto es un camino.

– Da igual, es muy uniforme, parece una carretera.

– Para! Para Ari! ¿Es que no lo ves? – Ari resopla Aliviada. Ha estado a centímetros de atropellar a un campesino parado en mitad del camino. El hombre bordea el frontal del coche y se acerca a la ventanilla de Ari.

– Perdona, no le habíamos visto.

– No pasa nada mujer. Es que por aquí no debería de pasar nadie. No os esperaba. – dice mientras deja caer su hazada desde su hombro y la zarandea, como jugando con ella.

– Vamos a la fuente. – Dice Ari. El campesino frunce el ceño.

– Se equivocan. Por aquí no hay ninguna fuente. En la plaza del pueblo.. allí si hay fuente que merece la pena visitar. – Dice rotundo. Ari y Tes no responden por unos instantes – ¿Es que no me han oído? Den la vuelta, antes de que se pierdan. Pronto anochecerá.

– Pisa el acelerador – Le susurra Tes a Ari. Ari obedec; las dos ríen, nerviosas. Ari mira por el espejo retrovisor y ve como el hombre impulsa la hazada con su brazo y la lanza. Ari grita por instinto, sube los hombros y agacha la cabeza. Espera el impacto. La hazada choca contra la chapa del coche, provocando un estruendo. Ari frena en seco.

– ¡Joder! ¿Qué ha sido eso? – pregunta Tes.

– Nos ha lanzado la hazada.

– Será cabrón... – Bajan del coche a ver el impacto. El hombre corre hacia ellas. Ellas corren de nuevo hasta sus asientos. Ari acelera, mientras escuchan los gritos del campesino:

- Volved! Por favor!

Ari y Tes siguen circulando por los caminos, cotejando el mapa de google con el pergamino.

- No hay señal GPS. Ahora hay que ir con cuidado, siguiendo los mapas, para no perdernos. - Dice Tes.

- ¿Cuánto crees que faltará?

- Una media hora.

- ¿Tanto?

- Bueno, a esta velocidad... - Las dos comprueban el cuentaquilómetros. La aguja no llega a la primera marca.

- ¿Has visto eso? - Tes señala el armazón de un coche, totalmente calcinado en el lateral del camino. Ari se detiene a la altura.

- ¿Te has fijado que no tiene matrícula Tes?

- Pues no. Me he fijado que no tiene de nada. Es un jodido esqueleto.

- ¡Mira! Hay alguien allí - Dice Ari señalando hacia el campo.

- ¿Dónde?

- En el maizal. Fíjate bien. No se mueve, y apenas se distingue, pero allí hay un hombre. ¿Lo ves? - Tes presta toda su atención. El hombre se mueve, y se lleva una especie de cuerno enorme a la boca. Un sonido grave, potente y profundo inunda todo el campo.

- ¿Qué coño es eso, Tes?

- No lo veo bien; ha desaparecido, pero no te preocupes. No te imagines cosas raras. El miedo es mal compañero en momentos así. Piensa en la fuente. Imagina nuestra Tesis. Tu abuelo estaría orgulloso.

- No sé. Algo no me encaja. Ese mapa es un jodido enigma que mi abuelo se llevó a la tumba. Y yo estoy viendo cosas extrañas, igual que tú. ¿O es que no las quieres ver?

- Venga Ari. Los miedos están para vencerlos. ¿no decimos eso siempre?

- Vale, pero prométeme que pase lo que pase me harás caso y me seguirás.

- Tranquila; si se pone feo volvemos. - Ari piensa que la situación ya está bastante fea.

- Debe de faltar poco ya, ¿no?

- Sí, pero esta bifurcación no sale en el mapa. Yo creo que Google no ha llegado hasta aquí.

- ¿Cómo no va a llegar el satélite?

- Mira, allí hay alguien. Parece normal. El perro también. - Es una mujer de unos treinta años, con un cachorro de Golden retriever.

- Vamos a preguntarle.

- Buenas tardes. Buscamos la fuente.

- Sí. La fuente está muy cerca, pero es mejor que no vayáis. Está anocheciendo.

- Y...¿Y cual es el problema?

- La fuente es el problema, cariño.

- Tes resopla, indiferente.

- Mirad, si queréis ir yo no os lo voy a impedir. Pero sí os tengo que decir que esta va a ser vuestra última oportunidad de volver. - Ari nota un escalofrío, y algo en su interior le pide que vuelva, que abandone. - Solo tenéis que seguir un kilómetro por el camino central. No tiene perdida.

- Gracias.

- Suerte, les contesta la mujer, que rápidamente abre una navaja. - Ari y Tes no reaccionan. La mujer va hacia la rueda trasera izquierda, y clava con fuerza la punta de la navaja.

- ¿Pero qué haces gilipollas? - Le dice Tes, envalentonada.

- Así recordaréis que debéis volver pronto. Ya me lo agradeceréis - Grita mientras se aleja caminando.

- Joder, en esta isla están todos locos. - Dice Ari.

- Olvídate de la fianza del coche de alquiler. - Le contesta Tes.

- Mira Tes. Allí la vegetación cambia. - El coche avanza. Dejan atrás otro coche calcinado al borde del camino. Ninguna dice nada, aunque las dos lo han visto, y no les ha gustado. Llegan a una especie de puerta natural que divide el camino, esculpida por dos imponentes fresnos unidos por sus copas.

- Vamos a dejar el coche aquí, en este claro. Ya debemos estar al lado.

- Vale. - Ari y Tes caminan hacia el frente presintiendo el rumor del agua deslizándose y saltando a través del relieve de la fuente.

- Ari, ¿tu abuelo estuvo aquí hace cuanto? 40 años?

- Sí. - Contesta pensativa.

- Y fue su último viaje ¿no? Piensa en el bonito homenaje que le estás haciendo.

- Mi abuelo no fue el mismo después de volver de aquí. Estuvo años irreconocible, como desconectado de sí mismo. Eso me cuenta siempre mi madre.

- Ari, estamos muy cerca. Un pequeño esfuerzo. Verás como no pasa nada. Esto va a ser bueno para ti. - Atraviesan la puerta arbolada y siguen caminando, despacio, sabedoras de que están a punto de ver algo importante - Mira, Ari. La fuente.

- La veo, y hay una mujer anciana sentada al lado. - La mujer, vestida de negro, con una especie de túnica que le tapa hasta la cabeza, espera sentada sobre la misma fuente con un bastón en la mano. Un felino negro sale de detrás de la fuente y camina despacio hacia ella.

- ¿Qué coño es eso? Eso no es un gato. Ni de coña. Es enorme ¿has visto el tamaño de la cabeza? - El animal se tumba junto a la anciana, a su señal. Ari no contesta, porque está recordando a su abuelo, diciéndole, cuando era una niña, que si algún día estaba frente a la fuente, debía mirarla fijamente, deleitarse y aprender de ella, pero nunca beber de su agua.

- Tes, ahora hazme caso. Pase lo que pase, no bebas de la fuente. Es muy importante.

- Tranquila; ni siquiera tengo sed. No beberé. - Le contesta sincera. Ari la cree.

- Buenas tardes - Dice la anciana fijándose en Ari, mientras acaricia la cabeza de la pantera, que está completamente tumbada en el suelo, casi inerte. - Sí; te reconozco.

- Buenas tardes señora. Pero se equivoca. Usted y yo no nos conocemos.

- Tienes su misma mirada. Bueno, casi idéntica. Tu abuelo, a diferencia de ti, no conocía el miedo. Tú llevas el miedo dentro de ti. Lo veo.

- Tes mira a Ari. Ari siente que la sangre se le ha congelado y no le circula, a la vez que un escalofrío demasiado largo la atenaza.

- Sí, pequeña. Muy pocas personas han bebido de la fuente y han conseguido salir de aquí. Tu abuelo lo hizo. ¿Te habló él de la fuente? - Se vuelve a escuchar el sonido profundo de un cuerno. El sonido se antoja presente; excesivamente cercano. - Ahora Tes siente un miedo que no puede aguantar, y solo quiere huir de allí, pero nota que su cuerpo no le responde.

- Vamos Tes. Asomémonos; sin beber; recuerda. - Tes obedece a Ari, y se asoman a la fuente. En un instante, su comprensión del mundo se hace plena. Ven el pasado, el presente y el futuro; todos los átomos que existen, todo el universo, todos los pensamientos de todos los seres humanos del planeta; los mundos no conocidos, los misterios no explicados; las paradojas; todo. Ari nota como Tes se inclina para beber. La agarra. Se

echa sobre ella para evitarlo. Pero Tes necesita beber, y termina bebiendo. Ari llora. Tes no parece ella. Está aturdida, desorientada, fuera del mundo. Ari mira a la anciana, sintiendo una sed irresistible.

— Ahora tú también tienes que beber. — la anciana despliega un pergamino — Está escrito: quien mira en la fuente, tiene que beber de su agua. Así debe de ser. — Ari, se gira hacia atrás. 20 o 30 personas la flanquean. Entre ellos los campesinos que se encontraron por el camino. Andrés, el camarero del restaurante también contempla la escena; Él es el más joven de todos. Un desconocido se acerca con un grillete y la ata por el pie a la fuente. — Estarás aquí hasta que bebas por tu propia voluntad, o hasta que mueras. — Le augura la anciana

— ¿Por qué?

— Por tu bien, pequeña: para que logres olvidar.

Angelopoulos llega a la central antes de tiempo. Hay varios casos sin resolver y sabe que la Policía Especial de Atenas no puede permitirse tantos errores. En dos semanas tiene que rendir cuentas ante el Ministro del Interior. Necesita resultados, y sabe que el caso de la pareja de chicas ha sido muy mediático. De hecho, ha salido hasta en la prensa internacional: dos chicas jóvenes que aparecen en una playa de una isla griega, amnésicas, desorientadas, después de estar más de una semana desaparecidas.

— Antoniadis! a mi despacho. — Angelopoulos sabe que Antoniadis es uno de sus mejores agentes, pero eso ahora no importa — ¿Qué novedades tenemos?

— Ninguna. Una de las chicas sigue sin recuperar la memoria. La otra es un caso de estudio. Ha hablado en más de 100 lenguas distintas, algunas desconocidas para los investigadores. Tengo ahí algunas grabaciones. Según las transcripciones, sobre todo habla repetidamente de una fuente, de un laberinto, de un cuerno, de labradores, de una pantera,... todo cosas inconexas. Es todo muy extraño. En la isla conseguimos hablar con el camarero que las atendió en uno de los últimos lugares donde se las vió por última vez. Un hombre de unos cincuenta años, cabal; no recuerda nada peculiar, más allá de que le llamó la atención que fueran lesbianas. Y recuerda escucharles decir que esa misma tarde querían bañarse en la laguna de Balos. Y ya se les pierde la pista- Los móviles siguen sin aparecer. El coche de alquiler tampoco. Lo único fuera de lo normal, es que parece que el abuelo de una de ellas enloqueció tras su viaje a Creta. Pero nada más, pensamos que es una simple coincidencia. — Angelopoulos escucha a su agente con atención, mientras no puede evitar pensar en los otros casos, y en la falta de medios que tiene su unidad.

— Bien, entonces aquí no hay nada que hacer. Céntrate en los otros casos. Necesitamos resultados ya.

— Sí, señor.

Andrés nota el tobillo en carne viva. El grillete le roza. Todos lo rodean, frente a la fuente. Uno de ellos le retira la venda de los ojos. Una luna poderosa ilumina la inmensidad del campo en la noche.

— Ya conoces tu castigo, Andrés. ¿Por qué las ayudaste? — Le pregunta la anciana.

— No lo sé — Andrés mantiene el tipo. No quiere hacer ninguna concesión.

— Nadie que haya visto de la fuente puede salir de aquí sin olvidar. Lo dicen las escrituras. Y tú las has desobedecido. Ahora todos estamos en peligro por tu culpa. — La pantera lo mira fijamente, y se relame. Andrés mira a los ojos de la pantera, y quiere no sentir miedo, porque sabe que ha

hecho lo que tenía que hacer. Por detrás de la pantera, alguien hace sonar el cuerno, implacable. La pantera salta hacia Andrés. Andrés aguanta la respiración y mantiene los ojos abiertos, hacia el infinito.

@danielportillonovela

www.danielportillonovela.com